



GRACIELA CAPRARULO

MITOLOGÍA MESOPOTÁMICA SUMMER

TRADICIONES SUMERIA, ASIRIA Y BABILONIA



Innana.

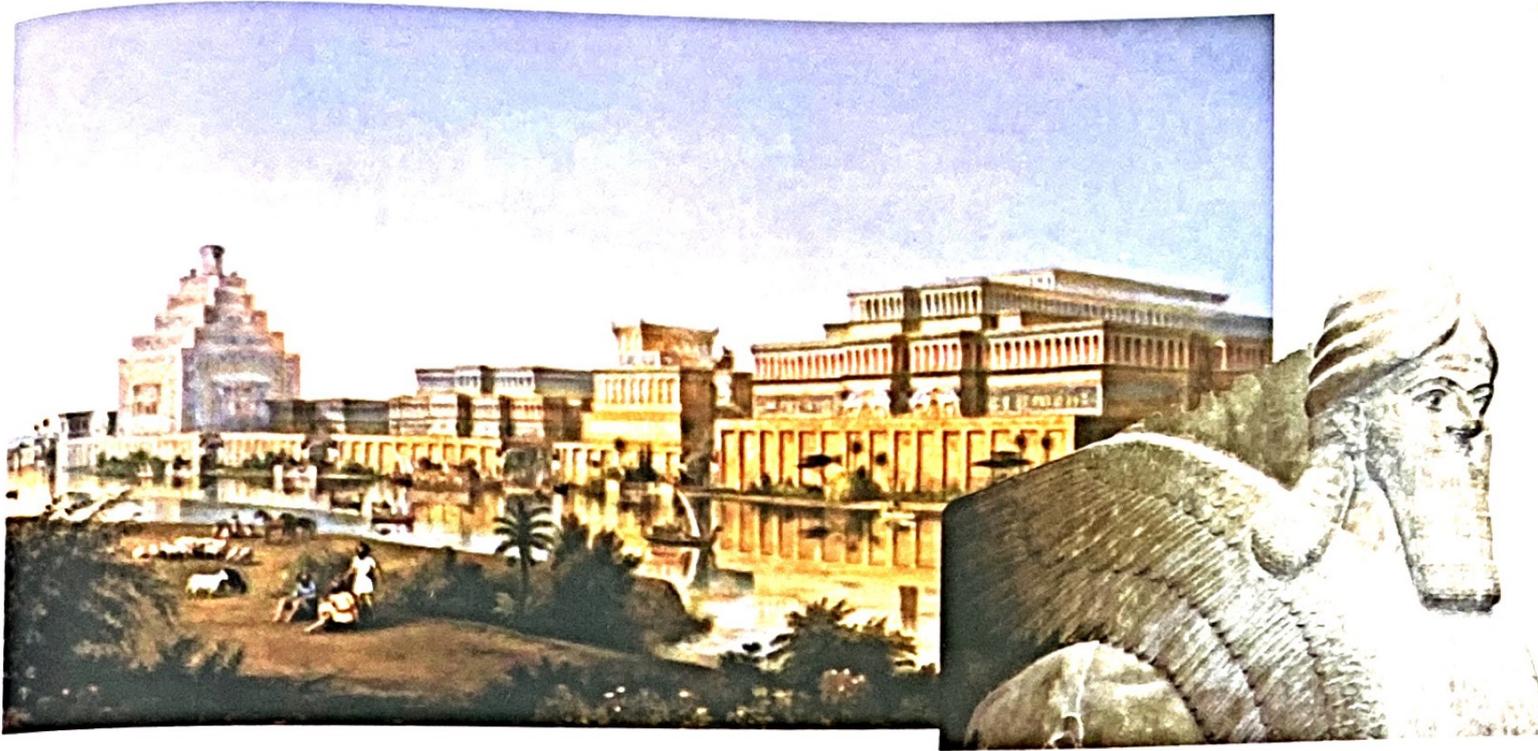


Nammu.

Mitología mesopotámica es el nombre colectivo dado a las tradiciones sumeria, asiria y babilonia. La más antigua de estas civilizaciones es Summer, que surge primero como una serie de ciudades-reino, cada una de ellas bajo el patronazgo de un dios diferente, hasta el momento en que este país alcanzó su unificación, dando lugar a la instauración de una dinastía monástica, inaugurada por el famoso héroe Gilgamesh. Estos mitos están narrados en textos acadios y babilonios, como el Enuma Elish y el Atrahasis, o en textos sumerios, como El poema de Gilgamesh y El regreso de Inanna. Tratan cuestiones teológicas, políticas o filosóficas expresadas en forma de poemas épicos.

Los sumerios practicaron una religión politeísta, con dioses antropomórficos que representaban fuerzas o presencias en el mundo, tal y como lo haría más adelante la civilización griega. Muchas historias en la religión sumeria tienen sus correspondencias con otras mitologías de Oriente Medio. Por ejemplo, los relatos bíblicos de la creación del hombre, el diluvio universal y la construcción del arca de Noé.

De acuerdo a la cosmología sumeria, el universo se manifestó por



primera vez cuando Nammu, el abismo sin forma, se abrió a sí mismo y, en un acto de autoprocreación, dio nacimiento a Anu, dios del Cielo, y a Ki, diosa de la Tierra. Podemos ver aquí una historia similar a la narrada en Génesis 1,1: "En el principio, creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era oscuridad y caos por encima del abismo".

La unión de Anu y Ki produjo también a Enlil, el señor del viento, quien, eventualmente, se convirtió en el líder de los dioses. Separó el paraíso de la tierra y la luz de la oscuridad. El lugar donde habitaban fue conocido como Dilmun. Anu se unió también a la diosa Nannu, con quien engendró a otros dioses. El linaje del cielo (hijos de Anu) regía sobre los diferentes elementos y realizaba sus tareas, contribuyendo al balance del mundo. Entre

ellos, una de las más importantes es la diosa Inanna, quien descendió a los infiernos, protagonizando el primer relato de un dios muerto y resucitado, antecedente de la historia de Osiris (Egipto), Dionisos (Grecia) y Jesús (Judea-Palestina).

De acuerdo a las creencias sumerias, sus dioses eran los Anunnaki (hijos de Anu), identificados con los gigantes o nefilim que aparecen en el relato bíblico de Génesis 6. En sus creencias establecieron que estos dioses originalmente crearon a los seres humanos para que fueran sus sirvientes.

Hay otros puntos en común con la tradición bíblica, por ejemplo, el hecho de que Ki creara a una diosa llamada Nin Ti (mujer de la costilla), usando una costilla del dios Enki. Enki creó a su vez un lugar donde el hombre podía vivir sin miedo a los animales, un lugar sin terror, pero poco después descubrió un comportamiento inadecuado en los humanos y los expulsó, tal como se cuenta en la historia del Edén. Finalmente, se narra que durante siete días y siete noches llovió sin parar. Sin embargo, Ziusudra (el Noé de los sumerios), alertado por el dios Utu, creó un barco en el cual albergó ejemplares de semillas y animales. Cuando dejó de llover y apareció el Sol, Ziusudra hizo el sacrificio de una oveja al dios Utu. Este mítico personaje vivió por novecientos años y dio origen a la cultura sumeria (postdiluviana). Es lógico suponer que la religión de Abraham, que huyó de Ur (ciudad sumeria) posiblemente al final de la III Dinastía (fines del II milenio aC), tuviese un fondo común con estas tradiciones mesopotámicas.



"Voy a presentar al mundo / a aquél que todo lo ha visto / ha conocido la Tierra entera / penetrado todas las cosas / y en rededor explorado / todo lo que está oculto. / Excelente en sabiduría / todo lo abarcó con la mirada / contempló los Secretos / descubrió los Misterios / nos ha incluso contado sobre antes del Diluvio. / De vuelta de su lejano viaje / agotado pero apaciguado / grabó sobre una estela / todos sus trabajos".

Así comienza la historia narrada en El poema de Gilgamesh, el hombre que se negó a aceptar la muerte.



LA EPOPEYA DE GILGAMESH



Según el documento llamado Lista Real Sumeria, Gilgamesh fue el quinto rey de la ciudad de Uruk, hacia el año 2650 aC. Suele darse como fecha exacta para la redacción del texto original del poema el año 2300 aC. Ha sido encontrado entre las tablillas de Nínive, que formaban parte de la biblioteca del rey Asurbanipal (688-626 aC). La historia cuenta que Gilgamesh era un rey déspota y orgulloso. A fin de aleccionarlo, los dioses construyeron a un doble, salvaje y muy fuerte, llamado Enkidu, para que lo combatiera. Después de una ardua lucha, ninguno pudo vencer a su contrincante y se hicieron grandes amigos. Empezaron una serie de viajes y aventuras pero, a lo largo de las mismas, Enkidu encontró la muerte. Profundamente golpeado por el dolor, Gilgamesh decidió comenzar una búsqueda para alcanzar la inmortalidad. Para ello atravesó una geografía fantástica, enfrentó peligros y entró al reino mítico en el cual vivía Ziusudra, o Utnapshitim, el único sobreviviente del diluvio. Pero, una vez allí, el sabio le hizo saber que la inmortalidad no era un don concedido a los humanos.

"Gilgamesh, ¿adónde te diriges? / No hallarás lo que buscas. / Cuando los dioses crearon a los seres humanos / les asignaron la muerte a los mortales, / reteniendo el secreto de la vida en sus manos. / Llena tu vientre, Gilgamesh / y haz una fiesta de regocijo cada día / pues esta es la tarea de la humanidad", le dijo.

Pero la esposa del sabio, conmovida por el esfuerzo que ha hecho el héroe y deseosa de recompensarlo, le pide a su esposo que le revele el lugar en el que crece el árbol de la eterna juventud. Para obtenerla, Gilgamesh tuvo que entrar al fondo del mar y extraer de allí una rama. Durante el viaje de regreso se tomó un momento de descanso para refrescarse en una laguna, entonces, una serpiente le robó la planta y se la comió. Esta es la historia que explica por qué la serpiente muda la piel y vive tantos años, volviéndose una vez más la gran iniciadora. Igual que Odiseo, estando muy cerca de la meta, Gilgamesh perdió el don que tanto le había costado conseguir, y nos enseñó así la importancia de permanecer vigilantes hasta el final.

El filósofo Aristóteles define dos lugares fuera de los límites humanos, dos márgenes de un río: la divinidad y la animalidad. El ser humano se encuentra en el medio, no pertenece a ninguna de las dos orillas. Si pensamos en el héroe Gilgamesh, vemos que se mueve entre esas dos orillas, la animalidad, representada por Enkidu, y la divinidad que anhela, la búsqueda de la inmortalidad. El héroe se rehúsa a aceptar su destino, y esto será su *hybris* (pecado de orgullo o desmesura). Existe una enseñanza profunda en este relato. Nosotros, igual que Gilgamesh, necesitamos desafiar la vida cuando somos jóvenes y probar nuestras fuerzas. Es posible que también tengamos muchos triunfos. Sin embargo, hay ciertos límites que no podremos atravesar. El descubrimiento de Gilgamesh se refiere al valor de la madurez, pues sólo el paso del tiempo puede traer sabiduría. Por más injusto que parezca, el valor de la vida radica en la existencia de la muerte. Y es precisamente esto lo que nos vuelve humildes y poderosos a la vez. He aquí la gran paradoja.

